

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA 2007

Joan Castaño García

Reverendo Cura Párroco de la iglesia de San José, Presidente y miembros de la Junta Directiva de la Cofradía de la Caída de Nuestro Padre Jesús y Santísima Virgen del Rosario, Presidentes y representantes de Cofradías ilicitanas, cofrades, amigos:

Permitidme, en primer lugar, que os dé las gracias por haber depositado vuestra confianza en mi persona a la hora de pronunciar el pregón de vuestra Cofradía, a la hora de participar en esta solemne ceremonia que representa, ya próximos a la Semana Santa, el inicio de vuestros actos públicos del presente año.

Hablar de la Cofradía de la Caída de Nuestro Padre Jesús, del "pas de la Caigu[d]a", significa remontarnos casi ciento cincuenta años en la historia de nuestra ciudad. Significa volver nuestra vista a la mitad del siglo XIX cuando los ilicitanos, deseosos de engrandecer sus actos penitenciales, decidieron aumentar el número de pasos y cofradías.

Hasta entonces la procesión del Viernes Santo, organizada por la primitiva Cofradía de la Purísima Sangre de Cristo que fue creada en la ciudad en 1581 por influencia del Concilio de Trento, estaba constituida únicamente por las imágenes de Jesús atado a la columna, el Ecce Homo y Jesús Nazareno. Estas imágenes se veneraban primero en la iglesia del Hospital de Caridad existente en la Corredora y, desde 1779, por deseo expreso del obispo de Orihuela, José Tormo, en las hornacinas del deambulatorio de Santa María. Una de las imágenes a las que se añadía la de la Virgen de los Dolores, patrona de los nobles locales, venerada en la Iglesia de Sant Salvador, que cerraba, como ahora, el desfile penitencial.

En las décadas centrales del ochocientos, en el seno de agrupaciones de carácter social o laboral, se crearon siete pasos nuevos que mostraban diferentes momentos de la Pasión de Jesús: el Santo Sepulcro, en 1852; la Oración en el Huerto, en 1854, el Descendimiento, en 1856; la Samaritana, San Juan y la Virgen y la Caída de Nuestro Padre Jesús, los tres en 1864; y, finalmente, al año siguiente, la Negación de San Pedro.

Una colección de noticias históricas redactada por el cronista ilicitano José María Ruiz de Lope nos ofrece algunos detalles de la formación del paso de la Caída: «En últimos de

marzo de 1864 -indica textualmente-, se trajo a esta población el paso de la Caída del Nazareno, consistente en las andas y figuras de Simón Cirineo y un sayón, de la ciudad de Orihuela, y costó seis mil reales vellón, incluso las andas, bombas, flores y demás, que fue comprado por la sociedad compuesta por varios artesanos y pobres.

A este paso se le agregó el Nazareno de la iglesia de San José, en donde se deposita para su conservación. Salió por primera vez, en su traslación a Santa María en la procesión del referido año 1864.» (*Archivo Histórico Municipal de Elche [AHME], Noticias del Elche en Papeles curiosos recopilados por P. Ibarra, v, f. 394v*)

La creación de esos tres pasos citados en un mismo año planteó algunas dudas acerca del lugar que debían ocupar durante la procesión general del Viernes Santo, de manera que hubo necesidad de consultar al obispo diocesano, Pedro María Cubero. Éste, por medio de su maestro de ceremonias, «haciendo referencia a la tradición -se lee en el expediente conservado-, a los Concilios y la opinión sobre ello de los Santos Padres, viene a señalar que deben guardar el orden sucesivo, según se empezó y consumó la pasión del Salvador, poniendo por ejemplo cuanto se contempla en las estaciones del Via crucis. Todo ello sirve para hacer más contemplativas las procesiones, viniendo con ello a exponer a los fieles en cuadros inanimados cuanto los evangelistas y expositores sagrados nos han legado en sus escritos sobre los padecimientos del Salvador del mundo.» (*AHME, Expediente sobre procesiones de Semana Santa, 1864*)

Además, dado que para organizar la procesión del Viernes Santo era preciso concentrar los pasos en la actual Basílica de Santa María que, desde finales del siglo XVIII, es origen y destino de la misma, se idearon los denominados traslados procesionales que tienen lugar los días previos. Con el fin de determinar el programa de los mismos, el 16 de marzo de 1864 se reunían el alcalde de la ciudad, el arcipreste en funciones -que en aquel momento era el párroco de San Juan-, el síndico municipal y los clavarios de los diferentes pasos, siendo José Sansano quien acudió en nombre de la Caída.

En dicha reunión se decidió, entre otras cosas, «que el Martes Santo también al oscurecer se verifique la traslación de los pasos de la Caída, San Juan y el Descendimiento de la Cruz desde la iglesia del exconvento de San José de donde saldrá el paso de la Caída y vendrá a reunirse en la puerta del Arrabal con el de San Juan y la Virgen y el Descendimiento y continuará la procesión por la calle del Ángel, Solares, Salvador, Corredera, Ancha a la iglesia de Santa María en donde se colocarán San Juan y

la Virgen en la capilla de las Ánimas, la Caída en la de San Felipe Neri y el Descendimiento en la de San Jerónimo.» (*Ibidem*)

Desde el mismo momento de la fundación de la Cofradía, por tanto, habéis sabido mantener vuestra propia tradición e invariablemente cada tarde del Martes Santo, después de oscurecer, trasladáis el paso de la Caída desde esta iglesia de San José hasta Santa María, subiendo, como siempre, la cuesta de la calle de Santa Ana. En la Basílica, el aumento posterior de las dimensiones de vuestro trono hizo que la antigua capilla de San Felipe Neri -que actualmente, sin retablo, está ocupada por la imagen de San Juan Evangelista- se os quedara pequeña y tuvisteis que desplazaros al crucero del lado del Evangelio, junto a la puerta del Órgano o del Cementerio, donde, como sabéis de sobra, queda depositado vuestro paso desde el Martes hasta el Viernes Santo.

Precisamente, la permanencia y las características de este traslado del Martes Santo ha hecho que históricamente se le considerara, junto con el de la Virgen de los Dolores del Miércoles, el más importante de todos. Así se refleja en la prensa ilicitana de los primeros años del siglo XX. Por ejemplo, en 1924 se indicaba con respecto a las procesiones de Semana Santa de la ciudad que «se celebrarán las de costumbre, al anochecer del Martes y Miércoles Santo, y la del Viernes, a las seis»; o en 1928 se anunciaba: «La procesión del Martes, con el paso de la Caída, y la del Miércoles, con el paso de la Soledad, estuvieron muy concurridas. Ambas estuvieron amenizadas por la banda municipal...» De 1926 data un detalle a destacar: por primera vez se ilumina el paso con luz eléctrica, una innovación que posteriormente pasaría al resto de cofradías. Decía el semanario La Defensa al referirse a la Semana Santa de aquel año: «Como se esperaba, el traslado de la Caída resultó un gran acontecimiento. El alumbrado eléctrico era magnífico.»

Tras el desgarrador paréntesis de la Guerra Civil, en el que fueron destruidas la mayor parte de las imágenes religiosas de la ciudad, la Cofradía encargó al afamado escultor José Sánchez Lozano la talla de la nueva imagen de Cristo en su caída. Imagen que, como también conocéis perfectamente, se venera todo el año en el crucero del lado de la Epístola de esta iglesia de San José. Para completar la representación de la escena del paso, se añadieron las figuras de Simón de Cirene, el soldado romano y el judío que sostiene la cuerda con la que va atado el cuello de Jesús.

Esa cuerda y esa dolorosa acción contra nuestro Redentor ha quedado retenida en la imaginación popular mediante la letrilla que los ilicitanos adaptaron al ritmo profundo y estremecedor de vuestros sordos tambores que anuncian desde la lejanía las interminables filas de cofrades, también impresionantes con sus vestas negras ribeteadas en rojo, que acompañan a Jesús en su Caída. Esa letra que, transmitida de generación en generación, recuerda los padecimientos sufridos por Cristo en su terrible subida al Calvario y también el pecado y la maldad desarrollados por la Humanidad, representados por quien es capaz de aumentar los sufrimientos de Nuestro Padre al tirar de esa cruel cuerda. Una letra que, como sabéis más que de sobra, dice:

«Jo l'he vist passar
carregat amb una creu
els «joïos» van darrere
estirant-li dels cordells.»

En los años de posguerra, con sacrificios y tesón evidentes, creasteis, además, un acto singular en la Semana Santa de Elche. Un acto en el que, dando ejemplo de coordinación con otra de nuestras Cofradías, se muestra plásticamente, casi diríamos que se escenifica, uno de los momentos de la Pasión de Cristo que no figura en los evangelios canónicos, pero que la tradición de la Iglesia ha reconocido desde muy antiguo y que está presente en la propia oración del Vía crucis. Me refiero, naturalmente, al encuentro de Nuestro Padre Jesús con la Santa Mujer Verónica en la Plaça de Baix. Un encuentro en el que, tras acercarse de frente ambos pasos, el rostro ensangrentado y sufriente de Jesús queda milagrosamente impreso en el paño que porta en sus manos la Verónica. Se trata de una tradición grandemente enraizada en nuestras tierras, pues no en vano veneramos en el monasterio de la Santa Faz de Alicante uno de los tres pliegues del velo original en el que puede verse la señal del rostro de Jesús. Una vez más, como en el caso de la iluminación eléctrica del trono o la banda de tambores o de las vestas con capa o del encuentro con otro paso, fuisteis innovadores y sembrasteis costumbres y tradiciones que ahora resultan características de nuestras celebraciones pasionales.

Y con la reciente eclosión de la Semana Santa ilicitana en el último tercio del siglo XX, eclosión en la cual prácticamente se ha multiplicado por cuatro el número de pasos,

habéis sabido mantener vuestra personalidad al mismo tiempo que os adaptabais a la nueva realidad. Prueba de ello es el magnífico trono tallado y dorado, adornado con figuras de los dos patronos de Elche, que, portado por vuestros esforzados costaleros, surca las calles ilicitanas y causa admiración a cuantos contemplan las procesiones. Un trono realizado por el artífice sevillano Manuel Guzmán Bejarano, que, por cierto, pude contemplar en sus primeras fases de realización en el mismo taller del citado artesano, durante una visita realizada a Sevilla en la preparación del concierto escenificado del Misterio de Elche que tuvo lugar con ocasión de la «Expo'92».

Otra muestra de estas circunstancias la tenéis en el paso de María Santísima del Rosario que, tras su bendición por el Obispo de Orihuela Victorio Oliver en abril de 2003, es portado por vuestras costaleras que acompañan a Ntro. Padre Jesús en la vía dolorosa. Seguramente, como la misma Virgen María acompañó, estremecida por el dolor, a su Hijo por las estrechas calles de Jerusalén. Una imagen realizada por el imaginero José Ángel Palacios, en cuyo rostro se ve reflejado el dolor ante el Hijo caído bajo el peso de la cruz y, al mismo tiempo, la excelsitud de ver reunidos en su advocación los Misterios Dolorosos del Santo Rosario.

Resulta del todo evidente que la Cofradía de la Caída de Ntro. Padre Jesús es un referente firme, constante y con personalidad propia e irrenunciable dentro de la Semana Santa ilicitana. Un referente en esta Iglesia de San José del antiguo convento franciscano, donde vuestras imágenes sagradas reciben la veneración de los fieles. Un referente en todo el barrio del Plá, que os cobija y donde tenéis vuestra sede en la que, a lo largo de todo el año, desarrolláis los trabajos preparatorios y de asistencia social y por cuyas calles más emblemáticas desfiláis cada Martes Santo. Y un referente en toda la ciudad por la seriedad, solemnidad y buen hacer que caracteriza vuestra forma de entender los días penitenciales.

Seguid así. Sin perder vuestras fuertes raíces del pasado, pero con la mirada puesta en el futuro. Construyendo, día a día, año a año, una Semana Santa importante, específica, con detalles propios que permitan distinguirla de las restantes. Una Semana Santa en la que, como una de las mejores y más destacadas expresiones de nuestra religiosidad popular, podamos admirar bellas imágenes, obras de arte antiguas y modernas, músicas, tallas, bordados... Pero, sobre todo, una Semana Santa donde los auténticos

sentimientos religiosos estén siempre presentes porque son los únicos que deben inspirarla.

Quiero terminar estas palabras expresando el deseo de que vuestro paso de la Caída de Ntro. Padre Jesús, con su majestuoso caminar por las calles de elche, nos haga comprender todos que otro año que los padecimientos sufridos por Cristo no fueron inútiles, sino que sirvieron para redimirnos, para salvarnos de la Muerte del pecado. Que nos haga entender claramente que aunque, como débiles humanos, caímos una y mil veces, Él, que cayó hasta en tres ocasiones bajo el peso de la cruz, siempre nos levantará, como Él mismo se levantó en su gloriosa Resurrección. Y, sobre todo, que nos haga dislumbrar que su fuerza ha de permitirnos cortar para siempre esos «cordeills» de maldad que nos «estiran», nos atenazan y nos impiden ser libres de verdad.